

ANTONIO CASO, HUMANISTA

JULIO JIMENEZ RUEDA

La tarde del día 6 de marzo del año 1946 moría repentinamente el filósofo, maestro y escritor don Antonio Caso. Hombre de extraordinaria capacidad intelectual, desde muy joven se dedicó al estudio de la filosofía, abandonando el ejercicio de la abogacía. Escribir y enseñar fueron sus ocupaciones predilectas. Después de Altamirano y de Sierra, la juventud lo tuvo por su maestro. Orador brillante, escritor de pluma bien cortada y conceptuosa, realizó en el libro, en la tribuna, en la cátedra y en la prensa una tarea que lo acredita como uno de los hombres más eminentes de su tiempo en la historia del pensamiento mexicano.

Mi primer contacto con él fué siendo alumno de la Escuela Nacional Preparatoria de México.

Corría el año 1912, impartía la enseñanza de la lógica en la Escuela Nacional Preparatoria, el entonces primer director de la Facultad de Altos Estudios, el escritor y filósofo, don Profirio Parra, concurríamos a su cátedra los que estábamos para concluir nuestro Bachillerato. La palabra docta del autor de la *Lógica inductiva y deductiva* que nos servía de texto llegaba hasta nosotros con el prestigio de emitirla uno de los grandes profesores de la Escuela, poblada de eminentes catedráticos por entonces. El doctor Parra era positivista, sin embargo en alguna ocasión le escuchamos esta frase: "No me creo con derecho a arrancar de las mentes juveniles las hermosas flores de las creencias".

El positivismo era combatido, a la sazón por inteligencias juveniles. La voz de unos cuantos se había levantado, primero, en la tribuna del Ateneo de la juventud, después, en las cátedras de la recién fundada Facultad de Altos Estudios, y por último, también, desde la tribuna de la Universidad Popular, cuya influencia sobre la historia del pensamiento mexicano no han sido debidamente justipreciada.

El curso con el doctor Parra quedó sin terminar. La muerte nos lo arrebató. A nuestro grupo le cupo en suerte ser el último que oyera la palabra serena, un tanto apagada ya del maestro que había continuado la tradición de don Gabino Barreda en una escuela que cumplía por entonces con su fin de formar al joven dentro de un sistema congruente, aceptable o no; pero sistema congruente al fin, no sólo para el ejercicio de una profesión sino para la noble tarea de ser hombre útil a la sociedad y le cupo en suerte asimismo ser la primera que escuchara las lecciones del joven maestro que ahora recordamos. Si el que se iba representaba la madurez, el reposo, la lógica encarnada en la figura de un anciano, el que venía arrebatado por su elocuencia, la brillantez de su discurso, la claridad de su razonamiento. Encendía en el joven la viva llama del entusiasmo. Sembraba inquietudes en su espíritu como lo hacía por distintos caminos otro maestro que se ha ido también, que fué amigo inseparable de don Antonio y compañero en la lucha por la restauración de la enseñanza de la filosofía en la Universidad, Pedro Henríquez Ureña.

A partir de la llegada del maestro a la Preparatoria sus alumnos no lo abandonamos ya. Concurríamos a sus cátedras de la Facultad de Altos Estudios, lo acompañábamos por calles y plazas; escuchábamos lo que opinaba en las tiendas de libros, en círculos de personas mayores. Quedó íntimamente relacionado con nuestra vida espiritual. Los que no hicimos profesión de la Filosofía, encontramos en él, algo que no hemos podido hallar en sus discípulos, ese sentido de lo humano, ese don de comprender, ese afán de ayudar a las almas a expresarse.

Se le ha estudiado al maestro a través de todas sus facetas de filósofo, no se ha elogiado hasta ahora su capacidad de humanista. No entendió el ejercicio de la filosofía sólo como problema del conocimiento; ni valoración de la conducta; ni estudio de las teorías que sobre el ser y el conocer se han emitido en el mundo. Ciertamente que como afirma Alfonso Reyes —“no hay teoría, no hay una afirmación o duda que él no haya hecho suya por un instante; la historia de la filosofía él la ha vivido”. Precisamente esta capacidad de asimilación, de convertir, en cosa suya toda interrogación hizo entrañablemente humana su obra.

Tenía en común con los grandes humanistas de todos los tiempos su afán de conocer y penetrar en las diversas ramas del conocimiento humano. Le apasionaban las ciencias. Disertaba con igual maestría sobre matemáticas que sobre botánica; la música era vehículo apropiado en él para llegar, como los místicos, al encuentro del éxtasis. Por ello pudo comentar con tal acierto la oda de Fray Luis de León dedicada al músico Salinas. Sus

discursos sobre Verdi y sobre Debussy son obras maestras. El primero pronunciado en circunstancias excepcionales, cuando la ciudad se hallaba presa de pánico por uno de tantos hechos monstruosos cometidos por la dictadura en turno, el 10 de octubre de 1913. ¡Cómo supo arrebatarse a los concurrentes al viejo teatro Arbeu la palabra elocuente del joven orador y trasladarlo a regiones insospechadas de euforia, en contraste con los presagios adversos que en la calle se fraguaban! Para expresar lo que el maestro dijo de los grandes músicos se necesita tener alma de artista. Don Antonio Caso fué antes que nada artista.

Como crítico de arte pocos son los que pueden rivalizar con el maestro, expositor de la teoría del arte en su *Estética*, en artículos publicados en periódicos y revistas se asomó con frecuencia al panorama de las artes del diseño y del sonido. Particularmente en este último terreno se encontraba a sus anchas. Hemos citado su libro *Drama per musica* publicado en 1920 con un comprensivo y brillante prólogo de Genaro Fernández Mac-Gregor. Contiene el breve opúsculo sendos estudios sobre Beethoven, Wagner, Verdi y Debussy y termina con un diálogo polémico sobre el drama universal. Lo encabeza un apotegma de Beethoven que ya en sí es una confesión del sentido que para el maestro tiene el arte en relación con la filosofía. "La música es una revelación más alta que la filosofía". Así lo entendieron los místicos. La música es la escala de Jacob que lleva al pleno goce del amor divino. Niega al arte contemporáneo la ingenuidad que encantaba a nuestros antepasados. "La música como la pintura y la poesía, no sabe ya de las ingenuidades purísimas que formaron el encanto de nuestros mayores. La diafanidad armoniosa ha desaparecido para ceder su puesto a la expresión estética contemporánea eléctricamente cargada de ideas como las nubes tempestuosas de relámpagos. Pero esta actitud de nuestra conciencia "adelante" no está en ninguna parte. La evolución artística es cíclica. Su artística no entraña un progreso. Progresar significa ir hacia adelante y principio es su fin. Cuando nos alejamos del hieratismo simbólico más cerca estamos de él. Estamos en él". Esta idea del retorno y la frase que gustaba repetir en su cátedra: "La obra de arte es igual a la obra de arte", constituyen las primordiales ideas de su credo artístico. Además el mundo del artista es la intuición. "La intuición poética o creación artística es la resultante de dos fuerzas no ciertamente excluyentes pero sí opuestas; el movimiento correlativo de las ideas, y el obstáculo que para la proyección sentimental del yo empírico, opone siempre la experiencia ordinaria de la vida". Esta frase sirve de epígrafe a sus *Principios de Estética*, excelente brevario en el que analiza con la penetración en él característica, las diversas teorías que se han elaborado para explicar el fenómeno artístico.

En una dedicatoria muy cordial, puesta al frente del admirable libro de Francisco Navarro Ledesma *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* que me obsequió después de una charla sobre cosas del pasado expresaba “su completa carencia de sentido histórico y su admiración hacia quienes poseen este sexto sentido”. Esta convicción lo lleva a no penetrar el secreto del pasado, a no pretender develar el misterio que rodea a las generaciones que han sido. Son luminosos sus estudios sobre el concepto de la historia pero nunca quiso ser historiógrafo, conocía quizás tanto como su maestro don Justo Sierra la Historia Universal, en sus discursos y en sus lecciones frecuentemente evoca épocas y personas que ha fijado la historia, jamás quiso, sin embargo, descender a la enumeración de los hechos y a la justificación de las personas.

Bergson había dicho “Donde quiera que algo vive, existe, abierto en alguna parte, un registro en que se inscribe el tiempo”. “La misión de la historia —agregaba el maestro— es leer el registro de que habla Bergson; mas no resulta fácil deletrear los caracteres a veces enigmáticos, del texto viviente. Débese reconstruir el pasado desentrañándolo del presente, sin distraer jamás para generalizar: aproximándose a cada vida singular con esa forma de aproximación espiritual tan diversa de la razón pura; la intención de lo individual concreto. . . Filosofar es tender a explicar universalmente; describir unidades indefinibles es hacer historia. Deferencia obvia y constante. Contempló la historia desde su cátedra de filósofo, no pretendió nunca entender y recrear esas unidades que han intervenido en el desenvolvimiento de los sucesos de que se ocupa la historia. Pero ¡cómo admiró y quiso a los grandes historiadores del pasado y del presente! La cercanía de don Justo despertó en él esta devoción a los que tienen el sentido del pretérito y saben resucitarlo en todo su esplendor. Por ello ha sido un verdadero humanista.

Hemos dicho que amó las letras, sintió la poesía y juzgó a los poetas con una serena y clara percepción. Poco conocida es la obra de creación literaria del maestro. En 1931 publicó su primer libro de versos: *Crisopeya*. El soneto es la forma única empleada por el artista en su ejercicio poético. Sus versos están contruidos con una belleza y una serenidad marmórea. Quien se acerque limpio de prejuicios a esta parte de la tarea de Caso encontrará en ella joyas de subido valor. Pertenece al grupo de los poetas que en nuestra literatura han seguido el sendero de los clásicos. He aquí por ejemplo uno de pura procedencia mística:

Momento musical

Bello como los cedros que se agitan
sobre la cumbre azul de la montaña
como los astros, que al rodar gravitan
en el renuevo de su eterna hazaña;
¡Más bello, aun más bello!... Precipitan
sus cabellos la sombra que les baña
sobre su augusta frente do palpitan
pensamientos de Dios que nada empañan.
Son dos soles sus ojos, reverberos
del Espíritu Santo, su divino
mirar dice los tiempos venideros
y desbarata el golpe del Destino...
¡y sus pies amorosos son corderos
que sangran en las zarzas del camino!

México ha producido excelentes oradores: Altamirano, Ramírez, don Justo Sierra, Urueta, pocos como él de tan encendido verbo, de tan justa expresión, de tan admirable vuelo lírico. En Buenos Aires fué proclamado como el mejor tribuno académico de su tiempo. En sus lecciones en la Facultad de Filosofía bonaerense, en sus conferencias en el auditorio de la Prensa, atrajo y arrebató al auditorio. Después de la admiración que el argentino había tenido por Nervo, reconoció en Caso a uno de los más altos valores de la inteligencia mexicana.

Es una lástima que la misión que desempeñó en los países de América que recorrió como embajador: Perú, Chile, la Argentina, el Uruguay, el Brasil, no haya sido rematada en Madrid y en París. En sus manos tuvo el nombramiento de nuestro plenipotenciario en España. Un telegrama del Presidente notificaba su nombramiento y él lo rechazó con ese desprendimiento con que se despojaba de los más altos honores. No había nacido para la carrera diplomática, le molestaba el protocolo, la exterioridad de esa vida que impide el cultivo interior, la meditación. Años antes había rechazado también formar parte de la misión que México enviaba a Madrid para representarlo en el centenario de las cortes de Cádiz. Esta repulsa tuvo un origen que honra al maestro. Debían acompañarlo dos amigos por razones políticas que retaba la designación de uno de ellos. Caso planteó entonces la disyuntiva, o los dos o ninguno. En España había sido admirado y querido como en Améri-

ca lo fué. Se le había reconocido, desde luego su categoría entre los grandes pensadores de nuestro idioma, como lo reconocieron las hermanas de América.

Hombre íntegro, maestro insigne, pensador preclaro, humanista por tradición y por convicción, América comienza a tributarle el homenaje a que se ha hecho acreedor por una obra realizada sobre todo, con amor.